

CATEQUESIS DE LA HISTORIA ECLESIASTICA

Saturnino GALLEGO, F. S. C.

Salamanca

Todo ser inteligente que cruce este mundo posee necesariamente «su historia». Pero a la hora del interés general, del estudio, de la ciencia, sólo cuentan ciertos hechos relevantes en personas e instituciones también de relieve. Es la diferencia entre la «petite histoire» y la Historia sin más.

La Iglesia, fundada por Cristo, constituida en institución de salvación para el género humano, comunidad visible y universal, con sus veinte siglos de vida e influjo en el mundo, tiene forzosamente una historia. Sus episodios serán brillantes o no, pero su historia no puede menos de ser importante, si sopesamos bien lo que acabamos de escribir.

Cuando esa realidad, la vida de la Iglesia de Jesús, es ya «historia», es pasado cristalizado e irreversible, plantea lógicamente algunos problemas. Uno podrá ser el problema de la ciencia misma de la Historia eclesiástica, común con cualquier otro ramo de la Historia, aunque aquí se dé fuerte originalidad en no pocos aspectos. Pero el tema en sí más interesante (sobre todo para los lectores de «SINITE») es el de la catequesis de esa misma Historia eclesiástica. Y es lo que quisiéramos examinar a lo largo de estas páginas.

I.—REVISIÓN DE LA DISCIPLINA HISTÓRICA

En la actual revisión general de la didáctica (o de las mismas ciencias), la de la Historia no ha sido la última en quedar sometida a examen. Uno de sus múltiples aspectos se manifestó en la reunión que celebraron historiadores españoles y franceses, con ánimo de corregir los libros escolares para que, ajustándose mejor a los hechos objetivos, causaran aprecio y simpatía, más bien que la actual oposición, entre los estudiantes de ambos países ¹.

Más en general, se lamenta que las historias, nacionales o universales, carguen el acento en lo político solo, y aun en ese terreno, casi se reduzcan a lo bélico y dinástico. No es que se pueda negar trascendencia histórica a tales capítulos; pero es más profundo, más humano, y por tanto más histórico y formativo, el progreso social, las manifestaciones artísticas, los avances científicos, la evolución económica, etc...

Pero vengamos ya a nuestro tema concreto. Parece un hecho comprobado que la Historia Eclesiástica no suscita *verdadero* interés en los alumnos. Subrayamos «verdadero» para que nuestra afirmación no resulte chocante. En efecto, es fácil conseguir «cierto» interés cuando utilizamos narraciones sueltas, cuando desplegamos ante adolescentes hechos concretos, amenizados de pormenores; pero eso no es Historia. El alumno aprende nombres, simpatiza con un protagonista, describe con precisión la I Cruzada, pero sigue sin saber Historia eclesiástica. También sigue con el máximo interés un film histórico bien realizado, sin que ello signifique que aprecia más o que haya captado mejor la Historia.

Por eso decimos que la Historia eclesiástica no despierta interés *verdadero*. Y creemos que ello se debe a dos causas. La primera es difícil de remediar, pues descansa en la natural apatía que se da en ciertas edades frente a cualquier estudio. La otra, consiste en que no se presenta la Historia eclesiástica en su ver-

1. Véase ORTIZ DE SOLORZANO, J. M., *La enseñanza de la Historia y la comprensión internacional*, en «Revista de Educación» 30 (1955) 26-29.

dadero significado. Seguramente aquí incidimos en el núcleo del tema catequístico, si nos referimos a la Historia de la Iglesia.

II.—ESENCIA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Mirando el discurrir de la historia, los hechos, la evolución, los signos de los tiempos, tienen un sentido profundo y real. Optimos historiadores le han buscado un sentido con sus estudios de Filosofía de la Historia ². Pero sólo si añadimos a la razón la luz de la fe podremos dar con su sentido más profundo y total: Dios guía la Historia y en El encontrará su significado definitivo ³. El Vaticano II lo ha repetido a su vez:

«El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, siendo hombre perfecto, salvara a todos, y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. El es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio de restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra» ⁴.

Si así podemos hablar de Historia universal, ¿qué no podremos decir de la Historia eclesiástica? La vida de la Iglesia es la continuación del Evangelio. Jesús la fundó, precisamente para que continuara la misión que El, visiblemente, terminaba con su Ascensión: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt 28, 20). También esto lo dice el Concilio: «La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que venga. Se vigoriza con la fuerza del Señor

2. Entre los mejores quizá quepa citar a Arnold TOYNBEE, y entre sus obras puede leerse *El mundo y el Occidente* (1953), *La civilización a prueba* (1951). A su modo también tiene voz en este concierto TEILHARD DE CHARDIN.

3. Cf. LALOUP-NELIS, *Cultura y civilización*, pp. 127-144 (filosofía), y 168-206 (teología).

4. VATICANO II, *Gaudium et Spes*, n. 45.

resucitado, para vencer con paciencia y con caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y externas, y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra con todo esplendor»⁵.

Para decirlo con una frase corta a la que podamos referirnos con facilidad, la *historia de la Iglesia es el despliegue del misterio de Jesús*: en ese caminar de Cristo a través de los siglos se cumplen las profecías que El anunció, sigue santificando y enseñando a los hombres que vino a salvar, amplía su radio de influjo benéfico, suscita paradigmas que copian su vida adaptándola a las diversas épocas (los santos). En ese cuadro, necesariamente de luces y sombras, en sus altibajos, en sus numerosos tanteos, en el despunte vergonzoso de la cizaña en medio del trigo, quedará patente la ley de la encarnación, y cómo la Iglesia, santa e indefectible por asistencia divina, continúa el evangelio por medio de sus miembros, los hombres débiles y falibles.

Ese es el objetivo que debe perseguir el catequista al utilizar la Historia eclesiástica: que aparezca nítidamente al catequizando como el despliegue del misterio de Jesús⁶.

III.—PRINCIPIOS DE EXPOSICION CATEQUISTICA

A. *Por parte del Objeto.*

1. La primera exigencia de cualquier exposición histórica es también válida aquí, y tan primera como en otro terreno: el dato debe ser ofrecido con *fidelidad y objetividad*.

Tal autenticidad no puede limitar la exposición sincera de todas las páginas gloriosas de la Historia de la Iglesia; por el

5. VATICANO II, *Lumen Gentium*, n. 8.

6. El verdadero historiador de la Iglesia, a nuestro juicio también debe tender a la misma meta. Aunque sus investigaciones le detengan mil veces en aclarar detalles, o establecer simplemente la exactitud de una verdad parcial, su «historia» no debe difuminar los verdaderos contornos. Si para el investigador la Iglesia no es esa continuación de Cristo entre nosotros, la visión que tiene de los hechos quedará falsificada más o menos. Pero debemos dejar este tema, que queda fuera de nuestro primordial interés.

contrario, lo exige. Pero tampoco debe escamotear las deficiencias, donde las haya. El Renacimiento, por ejemplo, necesita de un equilibrio poco corriente, si se le quiere juzgar justamente; ciertos períodos de la historia obligan a enjuiciar con alguna dureza el comportamiento de la curia romana, etc.

La misma objetividad obliga a dejar en segundo plano el interés nacional. No hay que ocultar los brillantes servicios que un Estado haya prestado al Reino de Dios (y hay que reconocer que España, en concreto, tiene suerte en este capítulo), pero la historia de la Iglesia, no es la historia de ninguna nación, sino que trasciende toda frontera; y por lo mismo, hay que reconocer el mérito de todos los pueblos que lo tengan, admitir la deficiencias de los estados que de una u otra manera han obstaculizado la marcha de la Iglesia: juzgar, en fin, mirando a la Iglesia y no a la preponderancia política de hoy ni de ayer, de tal o cual estado político.

Admitamos, no obstante, que las exigencias de la objetividad no pueden llevarse hasta pretender que seamos exhaustivos. La catequesis de la Historia eclesiástica no es lo mismo que una Facultad de Historia Eclesiástica. Por tanto, hay que saber seleccionar: pero guiados, aun en esto, por el criterio mismo de fidelidad, y exponiendo aquello que es sintomático, significativo, trascendente, capital.

Convendremos fácilmente en que esta primera exigencia no es difícil de conseguir, cuando se lo propone uno con espíritu serio.

2. Más difícil, y no menos necesaria es la segunda exigencia, la que da sentido a la Historia de la Iglesia. La exposición debe ser "*religiosa*": los hechos deben presentarse a la luz de la fe.

No será fácil ver cada hecho aislado a la luz de la fe, pero sí un período (el Renacimiento como la reivindicación de la independencia por parte de la razón), una tendencia (el modernismo), o un hecho de gran resonancia (revolución francesa, Lepanto, las Cruzadas, la lucha antimarxista española).

Con ánimo de ser concretos, vamos a descomponer esta exigencia de «religiosidad» en las siguientes precisiones:

a) Los hechos *nunca deben ser presentados como simple historia profana* ⁷.

— las persecuciones romanas, las invasiones bárbaras, la edad de Hierro del Pontificado, la avanzada del Islam, etc., deben sugerir cada vez el eco de la promesa de Jesús: «Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi» (Mt 28, 20).

— la floración de santidad, la actividad de los doctores, un gran concilio, etc., son signo de la «difusión de las riquezas de Cristo» (Ef 2, 7), cuyo Cuerpo así va creciendo hacia la edad perfecta (Ef 4, 13).

— los mártires, las persecuciones, están repitiendo al cristiano con unos aldabonazos que «el tiempo está cerca» (Mt 26, 18); el sentimiento escatológico que el Concilio último ha recordado tantas veces ⁸.

— los compromisos siempre difíciles de la Iglesia con los Estados, con las clases sociales adineradas, con las ideologías nuevas, etc., no son más que las vacilaciones entre la tentación permanente a la Iglesia (eco del «todo esto te daré si postrándote me adoras» —Mt 4, 9—), y el abrazo valiente de quien tiene que ser para el mundo entero, real y siempre cambiante, «la levadura en la masa» (Mt 13, 33).

Y yendo a hechos más menudos:

— la actual Iglesia del silencio (nueva edición de situaciones

7. Recordamos al P. Hertling, en nuestros años romanos, cuando censuraba a Pastor el que en su *Historia de los Papas* haya dejado prevalecer el aspecto de la diplomacia o de la política por encima del más propio de Vicario de Cristo. Sin por ello negar que sea el mejor historiador católico del Papado. Pero hay que reconocer que ni el Papa es sobre todo diplomático, ni la Iglesia es solamente el Papa.

8. «Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor... Esta compenetración de la ciudad terrena y de la ciudad eterna sólo puede percibirse por la fe; más aún, es un misterio permanente de la historia humana, que se ve perturbado por el pecado hasta la plena revelación de la claridad de los hijos de Dios» (*Gaudium et Spes*, n. 40).

más o menos permanentes) está recordando el «os perseguirán...» (Lc 21, 12).

— la resonancia de una reforma monástica (Cluny, Iona) no tiene más explicación que un soplo del Espíritu que muestra a algunas almas dónde está la «mejor parte» (Lc 10, 42). Por cierto que en este ejemplo concreto, es una pena reducir el hecho histórico al influjo cultural que esos monasterios han ejercido en Europa. Aunque este influjo sea verdadero, y no pueda quedar eludido, el significado de la reforma en cuestión es enteramente religioso.

— un santo, cualquiera que sea, nunca debe resumirse en su posible actividad pública: rey (san Luis), conquistador (san Fernando), consejero de Papas (san Bernardo), etc... Su verdadera eficiencia está siempre en haber sido la realización viva del «buscad primero el reino de Dios...» (Mt 6, 33): sólo por eso los ha canonizado la Iglesia, ya fuera el pueblo en los primeros siglos, ya la jerarquía suprema después.

— el alumno se encandila fácilmente tras las conquistas armadas acaudilladas por el estandarte de la Cruz. Pero la Iglesia ha realizado muchas más conquistas pacíficas, y esas son las verdaderas, las evangélicas, y las que obligan a reflexionar en la respuesta de Jesús: «No sabéis qué espíritu os mueve...» (Lc 9, 55).

Por eso decíamos al principio, en nota, que no pondremos objeción a que un estudio de Historia eclesiástica, y más aún, un artículo concreto, busque simplemente investigar y establecer hechos sin más. Pero ya no estaremos de acuerdo en que un libro entero de Historia eclesiástica carezca de una visión «religiosa» de la misma. Quizá haya quien lo discuta. Pero nunca podrá ser simple exposición de hechos, ni siquiera parcialmente, si hablamos de catequesis de Historia Eclesiástica ⁹.

9. De paso, y dada la conexión que tiene con el tema, valdría la pena llamar la atención sobre la exposición de la Historia Sagrada.

También aquí se precisa una seria revisión. En muchos casos nuestra catequesis ha dado como fruto el conocimiento por parte del niño, de una serie de hechos más o menos inconexos pero interesantes: la costilla de Eva, las lentejas de Esaú, las plagas de Egipto, Sansón y Dalila, David, et... Pero todo

b) Hay que *equilibrar los datos* llamados «historia externa», con los que, con más acierto, suelen denominarse "*historia interna*". Es verdad que los hechos externos son fáciles de entenderse a todas las edades, mientras que los otros no gozan de la misma facilidad. Pero sería lamentable que por descuidar este equilibrio, la vida de la Iglesia quedara difuminada o deformada en la apreciación del niño. Pero volvamos a los ejemplos con el deseo de ser más claros.

— capítulo especial merecerán las herejías. Expuesto el contenido del error, con más o menos amplitud, según la edad del alumno, hay que hacer ver toda herejía como enfermedad normal, dada la naturaleza humana falible, y la dificultad del misterio. Hay que reconocer el orgullo o la mala voluntad del herejiarca, si la ha habido, aunque no merezca la pena insistir en ello: ocultarlo sería falta de objetividad, so capa de ecumenismo; insistir significaría desplazar el acento a uno sólo de los elementos que juegan en la génesis de las herejías. Es más importante saber deducir ciertas verdades fundamentales: necesidad de magisterio infalible, compasión amorosa por los que hoy sufren sin culpa la desviación de una herejía o cisma seculares, agradecimiento a Dios porque disfrutamos «a nativitate», y además sin mérito, del don de la verdad.

— la labor escrita de santos, ascetas y teólogos, no será apreciada por niños ni por adolescentes. Pero ello no obsta para que

ello, sin que pasen de episodios curiosos como en los cuentos infantiles; a lo más, llegando a la categoría de episodios históricos, reales.

A decir verdad, para un niño español, por ejemplo, es más interesante objetivamente hablando, la gesta de Pelayo, o de Colón, que las de Sansón o Judas Macabeo. Historia por historia, la del propio país supera en interés objetivo a la de un pequeño rincón oriental.

Seguramente, el lector nos concede ya que, efectivamente, habría que subrayar más la intervención de Dios en cada episodio. Pero no; debe ser algo más. Sería por otra parte forzado presentar la acción divina en ciertos hechos (por ejemplo en el libro de los Reyes). Lo que debe deducir el niño de nuestra exposición de Historia Sagrada es esto: Dios se nos ha revelado; Dios ha anunciado y preparado la llegada de Jesús; Dios ha guiado un pueblo a través de mil incidencias hasta las puertas del Nuevo Testamento, haciéndole depositario de su Revelación y de la esperanza de todo el Antiguo Testamento. Todo hecho concreto, o curioso en sí, tiene que ir más allá de lo episódico en nuestra explicación, y aumentar siempre en el oyente el sentido religioso del hecho histórico que contempla. Entonces distinguirá perfectamente la diferencia que hay entre Gedeón y Viriato.

se les haga ver que santa Teresa disfruta en la Iglesia de un aprecio singularísimo por sus escritos, que más tarde podrán apreciar. Si, dada la edad, no son temas para insistir en ellos, tampoco puede prescindirse de este aspecto de la doctrina corriente en la Iglesia, por tanto de su vida misma, fruto en este caso del soplo del Espíritu.

— sin hacer propiamente una historia de las ideas religiosas, hay que saber presentar lo más destacado de ellas en el momento en que cobraron vigor y predominio. Es cierto que solo los adultos podrán entender con provecho lo que podría llamarse «espiritualidad» de tal o cual siglo o período; pero ya a los 12 o 13 años, son capaces los alumnos de captar las preocupaciones de cada época, y el sesgo que van tomando algunas líneas de pensamiento.

Entre los casos concretos en que es fácil percibir el sentido incluso por los jóvenes, pueden valer estos ejemplos: la práctica y teorías sobre la usura, la brujería, la simonía, el quietismo, la ideología que presidió a la conquista de América... Ni parece difícil asociar o diferenciar entre sí algunos santos, representativos de sus respectivas épocas.

— en la evolución de la liturgia, tanto las formas que adoptó ésta, como el grado de participación de los fieles en la misma, quedan al alcance de cualquier edad; y es aleccionador y «religioso», mientras no quedemos en la materialidad de los ritos o de la estructuración de los elementos del templo...

— nadie omite hablar de los concilios al explicar la historia eclesiástica en la catequesis. Pero, ¿cómo se hace? Trento no es sólo la serie de vicisitudes que se reparten las tres sesiones. Trento —y vale sólo como ejemplo— es un concilio renovador, y un concilio dogmático. El contenido de sus decisiones, la justificación de las mismas, es algo necesario, vital para la Iglesia. Y en el ejemplo que aportamos no se trata de asuntos de difícil inteligencia.

Ni qué decir tiene que el Vaticano II pertenece ya a la Historia, aunque reciente, y que el contenido de sus disposiciones o la evolución de las ideas que ha presidido sus debates, han de ser aleccionadores para nuestra juventud (mucho más que lo episódico que a veces ha recogida la prensa).

— y, por no multiplicar los ejemplos, pensemos en el arte religioso. Especificar las señales distintivas de cada estilo es historia de la cultura. Sólo es historia de la Iglesia descubrir el sentido espiritual del románico, del gótico, del barroco, o de las formas más modernas: la expresión de la fe, la búsqueda de una explicitación del momento espiritual por el que pasaba o pasa la cristiandad: el espíritu triunfante del barroco, el ansia de autenticidad y «pobreza» del momento presente, etc...

c) Aunque sólo se trate de una recomendación, la creemos capital para el catequista. Es preciso que todas sus explicaciones puedan *encuadrarse siempre en una síntesis* plena y personal de la visión teológica de la historia eclesiástica.

Esta síntesis puede ser más o menos pormenorizada. Nos atrevemos aquí a ofrecer una muy simplificada. Probablemente podrá ser aceptada por todos, y desde luego coincide con la que se adivina que ha servido para componer algunos buenos manuales de historia eclesiástica, modernos.

La Historia de la Iglesia puede dividirse en dos grandes eras, de las que la primera alcanzó casi 15 siglos, y la segunda termina en nuestros días para dar paso a la tercera.

La primera era podría considerarse que culmina en el cristianismo público, que invade toda actividad social no sólo privada, de la humanidad de occidente. Su lema podría haber sido: «Dios primero».

Esta era nace el día de la Encarnación; se incuba a lo largo de los tres primeros siglos, con la predicación de los apóstoles, padres apostólicos, la defensa de los apologistas, los escritos de los predicadores y obispos, la sangre de los mártires. Irrumpe en la Historia con el decreto de Milán bajo Constantino, y lentamente, va conquistando para la fe al imperio entero, luego a los nuevos pueblos germánicos, y mediante las misiones a toda Europa. Se puede decir que al iniciarse el siglo XII ha llegado a una cumbre, que nos permite considerar como triunfo esplendoroso el medievo, públicamente cristiano, con unas instituciones sociales envidiables, aunque resulten ya inaplicables hoy. La conquista espiritual de América sería como la recompensa divina al esfuerzo medieval. Ello no quita que la tentación haya rondado

en torno a la Iglesia, e incluso haya debilitado sus posiciones encaminándola a una dolorosa transición.

La segunda era está caracterizada por un giro violento, aunque no haya sido repentino. La vida pública comienza a enrarecerse lentamente en lo que tenía de atmósfera cristiana, porque ha pasado a ser primer postulado el neopaganismo: «primero el hombre».

Sin negar que individualmente siguen dándose almas muy generosas —como nunca dejarán de existir en la Iglesia—, y que estas almas pueden ser cada vez de más calidad. Sin querer tampoco añorar el medievo como una meta nunca superada y para siempre perdida. Pero examinamos el grado de cristianismo que adquieren las instituciones públicas, para así observar el espesor del influjo que la Iglesia ejerce en la Historia.

Esta segunda era puede considerarse dormitando en todas las manifestaciones del misterio de la iniquidad que ya aparecen en la era anterior, algo así como el reverso de una medalla: la violencia de las persecuciones, la diabólica oposición de las herejías y cismas, la arrancada terrible del islam. Pero como período histórico no debemos ir tan lejos. Su incubación, antropocéntrica, pasa por los conocidos episodios del siglo férreo del pontificado, del cisma oriental, de las investiduras, a través de la superstición y simonía medieval, de las teorías conciliares, de la rebelión wiclefita y hussita.

El estallido histórico de esta corriente es el renacimiento paganizante, la reforma protestante y la rebelión anglicana. Lenta, pero seguramente, el nuevo espíritu, ya triunfante, avasalla en los siglos siguientes toda la vida pública en gran parte de Europa con el racionalismo, laicismo, enciclopedismo, la masonería, ciertos grupos de intelectuales, y la mentalidad que llevó hasta la revolución francesa. El siglo XIX ha sido calificado como siglo de la incredulidad, y en lo social alumbró al socialismo materialista y ateo. Lo que el siglo XX recoge de todo el período anterior pueden ser las dos guerras mundiales, los racismos, y el caos espiritual, que la nueva era tiene que disipar, aunque hoy es dudoso atribuirle un signo que la denomine. La Historia lo hará más tarde, cuando disponga de mayor perspectiva.

Este marco, pues, creemos, agrupa en su valor, aunque esque-

matizados, los datos que todos conocemos, puede modificarse descomponiéndolo en mayor número de estratos. Quizá al pormenorizarse parecerá que corrigen la visión general, cuando en realidad sólo la especifican mejor.

Pero lo cierto es que sólo con la ayuda de un marco así cobran su verdadero valor no pocos episodios o capítulos importantes de la Historia de la Iglesia. Por ejemplo, las cruzadas, situadas en los siglos XI al XIII son un signo del cristianismo público, imbuido de devoción sentimental, y que llevaba a manifestar materialmente una fe militante entendida en el sentido de milicia terrena; no son más que esto, y hay que reconocer ese aspecto menos glorioso, sin quitarles la grandiosidad del hecho.

Las apariciones marianas hoy admitidas jerárquicamente (Milagrosa, Lourdes, etc.) cobran especial relieve al verlas situadas en la Francia incrédula del XIX, sobre todo si examinamos sus respectivos mensajes. Igualmente, aunque sea difícil la perspectiva en este momento, el Concilio Vaticano II, pasa a ser un hito para abrir la tercera era de la Historia eclesiástica, si analizamos con precisión las circunstancias en que ha venido, y los criterios que lo han presidido.

Creemos que una visión así, sintética, al par que teológica, permite ver la Historia de la Iglesia como despliegue del misterio de Jesús, lejos de todo integrismo como de cualquier modernismo. Es la Iglesia encarnada en la historia, pero fiel a su altísima misión en cualquier circunstancia en que la humanidad se encuentra ¹⁰.

B. *Por parte del Sujeto.*

Aquí podría entreternos largamente un estudio sicológico, valioso en sí ciertamente, sobre los intereses históricos de cada edad. Pero la disposición de algunas diócesis (y concretamente

10. «El pueblo de Dios movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre» (*Gaudium et Spes*, n. 11). Cf. igualmente la cita de la nota 8.

el plan de religión en el ciclo secundario adoptado en España) señalan ya la edad en que debe impartirse sistemáticamente una catequesis de Historia eclesiástica.

Es claro que a cualquier edad vamos a utilizar hechos de la Historia eclesiástica para iniciar una catequesis, para ilustrar una doctrina, para presentar a un santo, etc. Y claro también que los criterios antes expresados sobre el modo cómo deben ser enfocados «catequísticamente» son siempre válidos. Pero eso no es la catequesis DE historia eclesiástica, que sin embargo, es el título de nuestro estudio.

Adoptar como tema único, o al menos dominante, como «materia» de enseñanza o catequesis, la historia de la Iglesia a lo largo de un curso o de numerosas sesiones seguidas: he ahí dónde se plantea el problema y sobre este punto concreto estamos reflexionando.

Pues bien, decimos que ciertas disposiciones ya no nos dejan elegir la edad, teóricamente mejor para impartir esta catequesis concreta. En los centros españoles es el 3^{er} año de Bachillerato (los 12-14 años de edad) cuando se expone la Historia eclesiástica.

Nadie entienda que vamos a disentir de esta atribución. Siempre se pueden ofrecer otras soluciones mientras el problema se considera desligado del conjunto. Pero todo considerado y equilibrado no se ve por qué esa distribución concreta sea peor que cualquier otra, y sí sería fácil probar que en 1^{er} año de Bachillerato o en 4^o año, estaría menos acertada. De todas formas, el tema pasa a segundo término, mientras ocupa el primero el saber qué exige de nuestra exposición catequística el hecho de dirigirnos a alumnos de 13 años.

Si la narración atrae ya al niño de pocos años, los intereses «históricos» varían considerablemente con los años; pues se da por establecido que en general la «función histórica» no madura hasta los 15 años. Llamamos función histórica los psicólogos a la capacidad de enlazar la acción de ahora con sus conexiones pasadas y en algún modo con las futuras.

Pues bien, pacientes y curiosos estudios especialmente los de Roth, han establecido con cierto carácter científico, que los hace aceptables al menos como hipótesis, el progreso de los intereses históricos en las varias edades. Se ve así que hay que esperar

a los once años para que la «sucesión histórica» interese al niño; y a los 12 o 13 empieza a interesarle el «marco histórico» en el que pueden insertarse los detalles episódicos; a los 14, interesa ya el «progreso» histórico como tal; y sólo a los 15 comienza la «interpretación» histórica ¹¹.

Por consiguiente, en la edad a que nuestro adolescente va a recibir la catequesis de Historia eclesiástica, él es capaz de entenderlo todo, si bien, por sí mismo, aun no puede, en general, interpretar los hechos (excepto los más evidentes), menos aún interpretar las épocas o sencillamente realizar una síntesis personal. Pero ello no quiere decir que no la entienda si se la exponemos debidamente.

Por tanto, y viniendo ya a lo concreto, nuestra exposición debería revestir estas características:

— indicar, con los hechos, sus móviles o razones, y siempre los valores que en el hecho se encierran, dejando que alguna vez lo descubra el mismo catequizando con la ayuda de nuestra interrogación. Cambia totalmente de color un hecho y su apreciación personal, según el móvil que se le atribuya, por ejemplo, el saco de Roma, la conquista de América, la batalla de Lepanto, o el discutido encuentro de Canossa.

— hay que proponer, cuando se tercia, modelos para su actuar esforzado: los santos, los doctores, y hasta los artistas sagrados. La simple información, sin ese estímulo a la imitación o por lo menos a la admiración sincera, no llega a ser catequesis.

— presentar los hechos como algo que condiciona la vida de hoy, o al menos, que dice relación con ella. Así, poco a poco, avanza el chico hacia la síntesis propia y la reflexión sobre los datos que le ofrece la historia y la vida de la Iglesia, comprendiendo su «actualidad». Por ejemplo: Mahoma, y el mundo musulmán de hoy (¿en qué sentido es providencial?); Santo Tomás y la orden dominicana hoy; las investiduras, y los actuales pri-

11. Puede leerse un resumen de estos trabajos, y un artículo personal de A. GODIN, en «Lumen Vitae» 14 (1959) 229-250, titulado *La Fonction Historique. Pour une Psychopédagogie du chrétien dans le temps*. El número abril-junio de 1959 estuvo destinado casi de manera monográfica a la catequesis de la Historia eclesiástica.

vilegios estatales en el nombramiento de obispos; los hechos múltiples y continuados que han fraguado una España sociológicamente católica; qué pudo favorecer el luteranismo (el fenómeno protestante de hoy)...

Estos ejemplos y principios nos llevan a otra reflexión. Dada la edad del alumno, el catequista es quien prácticamente impone al discípulo sus juicios de valor sobre hechos históricos de la más variada importancia. El alumno no puede aun juzgar de modo definitivo ni personal ¹². No es pues abuso del catequista esta «imposición»; así tiene que ser, Pero precisamente, ese proceder tiene que estimular en el educador un sentido agudo de responsabilidad. Debe poseer un culto extraordinario a la verdad y delicado respeto a la persona de los catequizandos, de modo que sólo quiera y busque la ilustración objetiva e imparcial de lo que de verdad ha sido la vida de la Iglesia según lo refleja la historia.

IV.—METODOLOGIA CONCRETA

Asegurados los principios, la metodología concreta puede tener infinitas variedades, según la imaginación del catequista. El tema en sí favorece mucho las diversas posibilidades. Para no alargarnos indefinidamente, para dar solamente cuatro ideas que puedan ser útiles, terminaremos en pocas líneas.

a) *Exposición de la lección.*

La sugerencia fundamental es que la lección sea variada. No puede someterse a un esquema único, necesariamente monótono a la larga.

— unas veces habrá que dar amplio resumen de un capítulo, deteniendo la explicación en algún detalle significativo (el insulto de Anagni, por ejemplo), o interesante (los detalles cristianos del viaje de Colón...).

12. En realidad sólo un especialista en Historia eclesiástica puede dar un juicio que contrarie el del profesor o conferenciante a quien escucha, a menos de tratarse de los datos más universalmente conocidos.

— cabe también exponer a veces un «documento» concreto, leyéndolo sin recortarlo; el hecho revive así con una viveza extraña. Léanse por ejemplo, algunas Actas de mártires, el discurso de Felipe II al parlamento inglés, el testamento de Isabel la Católica...¹³.

— hacia el fin del curso, se podría utilizar el procedimiento de amplias visiones monográficas; son el mejor repaso y amplían conocimientos a pesar de que el catequista no añade ningún dato nuevo. LLORCA ha redactado su *Historia de la Iglesia* en unas diez monografías, denominándola, *Nueva visión de la historia del cristianismo*¹⁴.

b) Medios didácticos.

Sin contar los «documentos» a que acabamos de referirnos, hay que saber aprovechar los libros de fotos históricas. A falta de filminas adecuadas, un epidíscopo permite la utilización general de cualquier foto.

Son insustituibles los mapas. Hasta carece de sentido, o por lo menos de nervio, el hablar de los Papas de Aviñón o del concilio de Trento, sin que el catequizando tenga idea de dónde quedan esas localidades. No digamos nada si lo que se explica es una expedición evangelizadora o un viaje que traspone diversas fronteras.

La visita a ciertos lugares no es posible en todas las escuelas o catequesis. Pero donde lo sea, debe ser utilizada. Una catedral, una iglesia importante, además de los datos históricos sobre su fábrica, o del estilo artístico de la misma, ofrece en sus vidrieras, cuadros, e incluso capiteles, todo un «índice» de repaso, tan ameno como eficaz. Y por supuesto que no todo se resume en templos o edificios eclesiásticos, aunque quizá sí sean los más cómodos. En ese sentido hasta una iglesia parroquial no tan antigua puede servir igualmente.

13. Sobre la utilización de «documentos» véanse muchas sugerencias, no todas aprovechables, en COLOMB, *Pourquoi et comment enseigner l'histoire de l'Eglise*, «Verité et Vie», serie 48, H 1, n. 378.

14. Editorial Labor, 2 tomos.

Una biblioteca escolar con diversos manuales, y sobre todo con estudios monográficos, podrá ser útil, incluso para algunos ejercicios escolares a los que vamos a referirnos a continuación.

Y en fin, los medios audiovisuales, especialmente las vistas fijas adecuadas para historia de la Iglesia. Ahí es donde los hechos, tan elocuentes en su entidad material (porque penetran por los ojos) necesitan el comentario o enjuiciamiento que aporte el juicio de valor de que hablamos al tratar de los principios.

En esa misma línea, ciertas películas de largo metraje, y de carácter más o menos histórico, podrán servir aunque con más o menos fortuna.

c) *Ejercicios escolares.*

En la catequesis de Historia eclesiástica es fácil (y utilísimo) rendir tributo a la exigencia de activismo que cualquier pedagogía pregona.

Lo más elemental será, por ejemplo, situar lugares en los mapas: Fossanova, Calatrava, Císter... (¡Esa proximidad de Cluny, Císter, Claraval, Ars, Chartreuse, Paray-le-Monial, y... Taizé!).

Luego vendrá el diseñar mapas de conjunto donde se vean los derroteros de los misioneros de los siglos V al VIII, por ejemplo; o las sedes de los Padres de la Iglesia...

Para trabajos en sus casas —donde todavía se mantenga la costumbre—, o para después de la lección, si de todos modos se mantiene el cuaderno de religión, cabe dibujar una escena importante: la abjuración de Recaredo, Atila retrocediendo ante san León; pero exigiendo que el dibujo encierre un significado religioso, no sólo lo exterior y pintoresco de la escena.

Si se dispone que tiempo (hoy en tercer año de bachillerato debería encontrarse el suficiente para esta experiencia), cabría situar a la clase entera en una época, en una fecha determinada, y encargar a cada alumno de redactar un artículo periodístico sobre cualquier acontecimiento interesante del año. Los mejores, los más «religiosos», los más periodísticos, podrían «editarse» en un periódico mural debidamente iluminado.

Esta sugerencia ha sido ya realizada, aunque no por alumnos, sino por maestros, cuando las Ediciones du Seuil han impreso «Le Journal illustré de l'Eglise», que —aparte serios reparos que no es momento de anotar— contiene una quincena de modelos de lo que podría ser este ejercicio tan interesante, como constructivo y formativo. Por ejemplo, año 62: aparición del evangelio de Marcos; año 1350: ¿quién es el Papa verdadero?; año 1572: noticias inciertas desde Lepanto; año 1870: invasión de la Roma Pontificia.

Ultima sugerencia, que vale para cualquier apartado dentro de estas ideas sobre metodología. Semanalmente, a menos que se tercie otra distribución más acertada, partiendo de las lecciones de historia eclesiástica, hay que organizar un «catecismo de repaso» sobre los puntos de moral y dogma que hayan sido evocados a lo largo de los hechos narrados. Si esto se descuida, tendríamos un año entero en el que solo se estudiaría la Historia de la Iglesia, y significaría cierto descuido en el resto de los conocimientos religiosos ya aprendidos o por aprender. La distribución por años que se ha hecho de todo el programa de enseñanza religiosa no está pensado para crear compartimentos incomunicados; al revés, una catequesis global cuida siempre de que todos los aspectos de la enseñanza religiosa queden intercompenetrados. Cuídese siempre.

ESQUEMAS MODELOS.

Creemos que será aleccionador, y un ejemplo de aplicación de lo expuesto, el trasladar aquí, sólo el índice de un par de manuales de Historia eclesiástica, cuya orientación parece responder a las ideas propuestas. Sin que ello signifique que tales manuales eliminan la labor del catequista; por el contrario, es aquí más insustituible que en ninguna otra parte.

A. HEUSER, *Christus gestern und heute*. Düsseldorf, Patmos-Verlag 1957, 192 pp.

Capítulos y títulos, agrupados en tres grandes períodos:

A. Del siglo I al XIII:

1. Israel renace en la Iglesia.
2. La Iglesia sigue la vía dolorosa de Cristo (persecuciones).
3. Dificultades de la Iglesia romana en el Imperio.
4. La Iglesia puede subsistir sin el Imperio romano (invasiones).
5. La Iglesia pierde el equilibrio de sus zonas de influencia entre Este y Oeste.
6. La Iglesia de Occidente debe ser renovada.
7. El Occidente cristiano tiene que defenderse contra el Islam.

B. Del siglo XIV al siglo XIX:

8. La Iglesia no es de este mundo (independencia de los poderes).
9. La Iglesia, acechada por el demonio.
10. La Iglesia sigue siendo Cristo que continúa viviendo en la tierra.
11. Cristo vive en la Iglesia santa (siglo de santos; eclipse de santidad).
12. Cristo vive en la Iglesia y lo atrae todo a sí.
13. Cristo vive en la Iglesia como segundo Adán.
14. Cristo continúa siendo abandonado en su Iglesia (siglo de la incredulidad).
15. La Iglesia revive el Cristo que nunca muere (santidad del siglo XIX).

C. El último siglo:

16. ¿Sabrá implantarse la Iglesia a tiempo en los pueblos orientales de Europa?
17. ¿Definirá a tiempo la Iglesia sus relaciones con el liberalismo?
18. ¿Posee la Iglesia la respuesta verdadera a la cuestión social?

19. ¿No llega tarde la Iglesia con su evangelización misionera?
20. La Iglesia enfrentada con la defección de las comarcas o zonas vitales.
21. ¿Cómo superará la Iglesia la tempestad bolchevique?
22. Las tareas de la Iglesia como preparación al último día.

A. LAPPLE, *Kirchengeschichte, Der Weg Christi durch die Jahrhunderte*. München, Kösel-Verlag, 1965, 198 pp.

Los Capítulos van agrupados en nueve secciones, cuyos títulos revelan la orientación.

Cristo, Buen Pastor:

1. La negativa de Israel a Cristo.
2. La obra de los Apóstoles (Imperio, viajes apostólicos, aurora del cristianismo).
3. Redacción de los escritos neotestamentarios (origen, redacción, canon).
4. Primeras herejías y cismas (cómo nacen; datos).
5. La Iglesia en el víacrucis de las persecuciones.

Cristo, maestro de la verdad divina.

7. Los cuatro grandes concilios imperiales (Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia).
6. La Iglesia en libertad (Constantino).
8. Los maestros de la Iglesia en Oriente (Padres orientales. Atanasio).
9. Los maestros de la Iglesia en Occidente (Padres occidentales. Agustín).
10. La Iglesia en la tormenta de las invasiones (movimientos de pueblos. Arrianismo).
11. Benito de Nursia, padre del monacato occidental.

Cristo, el Señor.

12. Bautismo de Clodoveo, rey de los francos.
13. Embajada cristiana a Inglaterra e Irlanda.
14. Primer encuentro de los germanos con el cristianismo.

15. Vida y trabajos de san Bonifacio.
16. La Iglesia en el reino franco (Carlomagno).
17. La sacudida del cristianismo occidental por el Islam.
18. Las misiones cristianas al norte y este de Europa.

Cristo, Rey crucificado.

19. La Iglesia bajo la protección de los emperadores alemanes.
20. El cisma oriental.
21. Las cadenas a la libertad de la Iglesia (Cluny, Gregorio VII, Canossa, Worms).

Cristo, varón de dolores.

22. Los rasgos de la vida crucificada (Urbano II. Guerra santa...).
23. Nueva piedad, nuevas Ordenes (F. de Asís, ¿hereje encubierto?...).
24. El papado en el terreno de las tensiones de los poderes europeos (Aviñón, Cisma de occidente).

Cristo, el árbitro del mundo.

25. La víspera de la reforma (Wiclef, Huss, Savonarola...).
26. ¿Reforma o cisma de la Iglesia? (Lutero...).
27. La rotura de la fe fuera de Alemania.
28. La renovación de la Iglesia (Loyola, santos, órdenes, Trento).

Cristo, el desconocido.

29. Exitos y fracasos de las misiones católicas (América...).
30. La Iglesia en el momento de la «Ilustración» (Trenta Años, Iglesia incomprendida, supresión de la Compañía).
31. La Iglesia en la época de transición (Revolución francesa. Secularización).

Cristo, el acontecimiento capital para construir el mundo.

32. La Iglesia y el mundo moderno (democracia, cuestión social).

33. Sociedades religiosas y universales fuera de la Iglesia (conocimiento de las Sectas cristianas).
34. La respuesta de la Iglesia a las corrientes anticristianas (corrientes espirituales del siglo XIX. El Concilio Vat. I).

Cristo, ¿sin respuesta?

35. El moderno campo misionero de la Iglesia.
36. La Iglesia en la tormenta de las persecuciones (Rusia, Méjico, España, Tercer Reich, China, Telón de acero).
37. Eslabones hacia la reunificación en la fe (anglicanos, ortodoxos, romanos y movimientos ecuménicos; la Iglesia católica y la unidad de los cristianos).